

Theodor Kallifatides

# Amor y morriña

Traducción del sueco de Carmen Montes Cano  
y Eva Gamundi Alcaide



Galaxia Gutenberg

THEODOR KALLIFATIDES

# Amor y morriña

Traducción de  
Carmen Montes Cano  
y Eva Gamundi Alcaide

Galaxia Gutenberg

# SWEDISH ARTSCOUNCIL

Esta traducción ha recibido una ayuda del Swedish Arts Council.

Título de la edición original: *Kärlek och främlingskap*  
Traducción del sueco: Carmen Montes Cano y Eva Gamundi Alcaide

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2022

© Theodor Kallifatides, 2020, 2022  
© de la traducción: Carmen Montes Cano y Eva Gamundi Alcaide, 2022  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Pl. Verdager, 1 Capellades-Barcelona  
Depósito legal: B 12711-2022  
ISBN: 978-84-19075-53-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

La vio todas las tardes de esa primavera. Iba con su hija, una niña delgada de seis o siete años que no paraba de hacer volteretas laterales y a la que fotografiaba con devoción. Casi apasionadamente, se podría decir, como si tratara de capturar en imágenes algo que no se apreciaba pero que ella veía. Cuando no estaba haciendo fotos, dibujaba con el mismo fervor.

Él las envidiaba. A la madre y a la hija. El júbilo que las unía provocaba vibraciones en el aire que había entre las dos. A veces intercambiaban una sonrisa o se reían sin motivo.

Simplemente, eran felices.

Él no.

Se llamaba Christos L. y, para no parecer demasiado extraño, se presentaba como Christo. Estaba solo en su cuarto. Era 1966. Tenía veinticinco años y acababa de dejar atrás una época difícil. Ahora había una puerta que era la suya. En el escritorio descansaban unos libros y un cuaderno de notas. Era cuanto poseía.

Y ahora estaba también la desconocida de la cámara.

Vivían en la misma residencia de estudiantes. Ella con el marido y la hija y él solo como un perro sin dueño. La veía a menudo. A veces en el ascensor, a veces en la sala común de la televisión en la que se reunían por las noches para ver a los líderes de los partidos debatir con vistas a las próximas elecciones. Escuchar a Erlander, Ohlin, Hedlund, Hermansson e incluso Holmberg era algo así como una fiesta.

Una vez la vio salir de la sauna con el marido, y tenía la mirada azul claro enturbiada como las agua agitadas de una laguna. Se había envuelto despreocupadamente en una toalla blanca y le quedaba lo bastante suelta como para que se le viera el vello púbico al caminar. Aquella imagen se le fijó en el cerebro como una pegatina.

Ese semestre, Christo tenía que hacer el trabajo final de su especialidad, que era historia del pensamiento. Desde el instituto, había soñado con poder dedicarse durante un tiempo a las grandes corrientes de pensamiento y disfrutó de cada segundo en la universidad. Escribir un trabajo era otra cosa. ¿Sobre qué iba a escribir?

Su directora, Maria-Pia A. era tan joven como él, pero ya había redactado la tesina para la licenciatura y estaba trabajando en la tesis. Además de un intelecto brillante, poseía un buen corazón. ¿Por qué cruzar el río para coger agua?, dijo al tiempo que ponía unas piernas larguísimas en la mesita que había entre los dos. Estaban en su despacho, donde, como siempre, la acompañaban sus dos carlinos.

Él no entendía lo que quería decir.

–Hombre, pues escribe sobre un griego clásico. Seguro que de ahí sacas alguna que otra idea. Cuentas con la ventaja de que puedes leer el original. Solo eso ya tiene su mérito.

–Vale la pena pensarlo –respondió, y observó que había comenzado a hablar en estilo indirecto. Me estoy volviendo sueco, pensó, pero no importa. Nadie se dará cuenta.

El estilo indirecto establecía una tierra de nadie entre los interlocutores, aunque también entre el que hablaba y él mismo. «Vale la pena pensarlo» no es un compromiso, ni una promesa, tampoco una negación. No estás diciendo que te lo vas a pensar. Queda flotando en el aire, deja el horizonte abierto. Es cómodo y tranquilizador y, en el mejor de los casos, incluso cierto. La formulación perfecta para acuerdos exitosos.

De camino a casa, después de la reunión con la directora, pensó en Aristóteles, con el que había tenido una gran afinidad

ya en el instituto, sobre todo porque su profesor apenas podía contener las lágrimas cuando hablaba sobre el filósofo.

«Fue un pensador muy adelantado a su tiempo. Mientras los demás filósofos flotaban en las alturas por encima de las nubes, él iba pisando la tierra y observando las flores. Mientras ellos construían teorías acerca del todo, él investigaba cómo podía un hombre vivir una vida decente. Hablaba de la moderación, de la razón, de la amistad y de la justicia. Cuando su hijo Nicómaco murió a una edad demasiado temprana, se limitó a decir “sabía que era mortal” y se puso a escribir la *Ética* a Nicómaco. Definió los parámetros de la tragedia y es difícil encontrar una obra que no siga sus reglas o que las contravenga. Pero al final son sus reglas.»

Aquella misma noche, Christo tomó una decisión. Escribiría sobre Aristóteles, concretamente sobre la *kátharsis*.

La mujer de la cámara había aparecido de una forma muy inoportuna. No conseguía quitársela de la cabeza, pero había resuelto no ceder.

No iba a ser como Simeón el Estilita, el santo que vivió treinta años encima de una columna para eludir las tentaciones de este mundo y así estar más cerca de Dios.

Christo no llegó a estar más cerca de Dios, sino que hizo que sus estudios fueran lo primero de todo, y también lo segundo, y lo tercero. Luego venía lo demás. Le fue de gran ayuda la directora, la fascinaba el concepto de piedad que alentaba el mundo cristiano. Le gustaba la idea de escribir sobre la *catarsis*.

—¿Cuál sería el equivalente de la piedad en el mundo antiguo? —preguntó, y resultó un poco absurdo.

Dos personas jóvenes sentadas una frente a otra y hablando acerca de la piedad en un espacio donde la luz primaveral casi desnuda les inyectaba en el cuerpo y en el alma un anhelo que ellos mismos se prohibían experimentar.

—Las sociedades que carecen del concepto de piedad son bárbaras —dijo Maria-Pia, y se puso de pie.

Christo sintió que lo despachaba y Maria-Pia se dio cuenta.

–No te quiero echar, pero es que hoy tengo muchas cosas que hacer.

–No pasa nada –dijo él.

En realidad, era más bien lo contrario. Sí que pasaba, y mucho, cuando el deseo de abrazar a alguien estaba a punto de apoderarse de él y de apartarlo de su camino. Casi sin aliento, salió del despacho.

Un problema menos. El tema escogido no era casualidad. ¿De qué otra cosa iba a escribir si no de la catarsis? Su tierra, Grecia, era una tragedia. La vida política era corrupta y violenta, a los parlamentarios los compraban, los cambiaban y los volvían a comprar. El desempleo oscilaba entre el cuarenta y el cincuenta por ciento. Y no se trataba solo de la situación general, sino también de la suya personal. Se había convertido en una carga para sus padres, una carga para los buenos de sus amigos que lo invitaban a ir a cafeterías y restaurantes, aunque sabían que tendrían que pagarle la consumición. Era una carga para sí mismo y se estaba hundiendo lentamente en una ciénaga de deseos insatisfechos, de proyectos y sueños vanos, de enamoramientos sin esperanza y de calcetines llenos de agujeros.

Al final, no hubo más salida que hacer lo que hicieron su padre y, antes que él, el padre de su padre. Ellos emigraron, aunque se quedaron en los Balcanes. Christo era el primero que se marchaba muy al norte, a la tierra que en la Antigüedad llamaban Thule y, hoy en día, Suecia.

Corría el año 1964 y la primera época fue difícil.

Aceptó todos los trabajos que le ofrecían. Eran ocasionales, de corta duración y sin derechos. Él era una mercancía. Algunos patronos le hicieron proposiciones sexuales, otros gestos obscenos sin proposición. Uno quería meterla y el otro que se la metieran. Además, tuvo que cumplir con otras tareas

no remuneradas como, por ejemplo, limpiarles la casa, lavar el coche, sacar al perro o regar las plantas. Esto último le gustaba. Le resultaba apacible estar con la manguera en la mano y ver cómo le iban saliendo arrugas al día. Le parecía que estaba madurando.

A veces lloraba, no porque le trajera consuelo, sino porque no podía contener el lamento que le henchía el corazón como el viento henchía las velas de Ulises. No dijo ni una palabra acerca de esto a sus padres, al contrario, les mentía; escribía cartas optimistas, y hasta chistosas. Nada sobre que no tenía ni una corona –literalmente, ni una corona– en el bolsillo. Que no tenía una vivienda fija y que dormía en casas de distintos compatriotas y, en ocasiones, en la estación central. Había días en los que no podía permitirse comer. El dinero que se había llevado se le acabó pronto, no eran tantas coronas, seiscientas para ser exactos. La cantidad que su padre pudo permitirse darle. Tomó el dinero y se marchó tan avergonzado que se pasó el viaje sin mirar a nadie a la cara.

Una noche, desesperado y debilitado por el hambre, fue a Humlegården, que por aquella época era escenario de encuentros rápidos y angustiosos entre hombres homosexuales. En Atenas también había un lugar así, en las proximidades del parque del Campo de Ares. Los señores de cierta edad bien situados se compraban hombres jóvenes o al revés, hombres jóvenes se vendían a señores de cierta edad bien situados. Se colocó junto a una farola y aguardó con la intención de venderse. Al cabo de un rato, cometió el error de apoyar la mano en el poste y sintió que se quemaba. No estaba ardiendo, todo lo contrario.

Hacía casi veinte grados bajo cero. Tenía helado el cuerpo entero, salvo el corazón, donde quemaba la vergüenza, y salvo el estómago, donde arrasaba el hambre. El sexo se le encogió y casi se le volvió hacia dentro. ¿Cómo se puede caer tan bajo? Trató de evocar un recuerdo bonito, algo que hubiera sido un consuelo en el pasado, y sonrió al pensar en su madre. ¿Qué



diría si lo viera ahora? Ella siempre contaba que cuando nació era tan feo que se asustó al verlo, mientras que su padre se lo tomaba con más calma y decía: no tengas prisa, mujer. Antes de cumplir los treinta, será más guapo que un sol.

Y ¿qué diría su padre si lo viera ahora, temblando de frío, dispuesto a vender su cuerpo, despojándose de su alma como si fuera unos calzoncillos usados? Pasaron unos hombres, uno de ellos le agarró el escroto atrofiado, negó con la cabeza y le dijo a los demás «nada por aquí», se rieron y siguieron adelante. Todo él olía a hambre y a vergüenza. No tenía nada que meterse ni que meter. La ropa griega tan fina que llevaba le daba más frío que calor. Pasaban los minutos. Entonces apareció un caballero muy elegante, se paró y lo contempló con una mirada completamente neutral resguardada por unas gafas como las de Lenin. Un gorro de piel en la cabeza y un largo abrigo negro sugerían que el desconocido era adinerado y la proposición, tentadora. Cien coronas, no por un polvo, sino por diez azotes en las nalgas. Dijo exactamente en las nalgas, sacó una fusta corta y negra y prosiguió:

—Bájate los pantalones.

Ese fue el límite. Sin saber por qué, ese fue el límite. Vender placer era una cosa, vender el dolor era otra muy diferente. Tan bajo no pensaba caer. Despacio, arrastrando los pies como un viejo, empezó a alejarse de allí, mientras notaba la mirada del hombre desconocido en la espalda.

Ya había visto antes aquella mirada. En la policía, en la Oficina de Extranjería, en la tienda donde compraba. Era una declaración de nulidad. No vales nada. No importas nada. No eres nada. Además, ¿qué haces aquí? Vuelve a subirte al platano. Lárgate. No queremos saber de ti. Nos son útiles tus manos. Nos es útil tu trasero. Pero no te hagas ilusiones. No eres uno de los nuestros. Nunca lo serás. Eres una cabra griega.

Eso decía aquella mirada.

Christos le había dado un nombre.

La mirada del exterminio.

Probablemente siempre hubiera existido. La tenía Alcibiades cuando redujo a cenizas la isla de Milos. La tenían los conquistadores españoles cuando se afilaban las espadas en las cabezas de niños de pecho. Era la mirada de Eichmann y de Beria.

De la guerra de Troya a Auschwitz. ¿Qué lleva a un ser humano a ver a su prójimo como ganado? ¿O como un simple agujero en el que meter el miembro? ¿Parezco un agujero?, se preguntó. Quizá sí.

El frío, la luz tenue de aquellas farolas tan bonitas, las sombras que pasaban aleteando y el afilado silencio estaban a punto de acabar con él, y buscó refugio en el cuarto de la pensión donde vivía durante su primera época en Suecia.

Era muy tarde, la casera se iba ya a dormir cuando él entró en el angosto vestíbulo apenas iluminado.

—¡Pobre criatura, qué pinta tienes! —dijo horrorizada.

El cuerpo no le obedecía, se estremecía por dentro, le cedieron las rodillas y cayó despacio en la alfombra. La casera Carolina von H. no se puso nerviosa, sino que le estampó dos buenas bofetadas y lo volvió en sí, llenó la bañera de agua caliente y le ayudó a llegar hasta el cuarto de baño.

—El resto lo puedes hacer tú solo —dijo, y cerró la puerta al salir. Él se desvistió con las manos entumecidas y se metió en la bañera. Al principio le dolió, pero la sangre empezó a recorrerle las venas al cabo de unos instantes. Ya notaba menos el hambre, y la vergüenza también. Después de todo, no había sucumbido, aunque estuvo cerca. Solo él sabía cuánto. Empezaron a correrle las lágrimas, y él las dejó correr. No todo era tan negro. Al menos no mientras que hubiera personas como la casera. Qué mal la había juzgado.

Carolina von H. era la viuda de un coronel que había muerto en sus brazos a causa de un infarto fulminante. Tenía casi setenta años, aparentaba cincuenta, se movía como si fuera una treintañera y daba una sensación de desamparo total cuando Christo veía su frágil silueta andando por las amplias habitaciones, hojeando un libro o tocando el piano.

Se le antojaba difícil imaginársela limpiando la cocina o yendo a la tienda a comprar. Cada mañana seguía poniéndose guapa para sí misma y para su difunto marido, al que siempre se refería como El coronel, nunca de otra forma, y quería que se dirigieran a ella como La coronela. Sin embargo, no habitaba las brumas de una felicidad pretérita, sino que tenía la vida bien organizada. Vivir de la pensión de viudedad era complicado, de modo que decidió alquilar la habitación del servicio del enorme piso de la calle Karlavägen. Carolina von H. era cuidadosa, pero no pedante, amable pero no indiscreta, curiosa pero no entrometida.

Era la primera vez que conocía a gente de esa naturaleza, y estaba sorprendido y encantado a partes iguales. La burguesía sueca constituía para él un mundo nuevo. A veces ella accedía a que le hiciera compañía en el espacioso salón. En el transcurso de esas conversaciones, se dio cuenta de que El coronel había sido un nazi activo durante la guerra, pero ella lo despachaba con un «como todos en aquella época». Era como una moda, no un asunto del que preocuparse, y a nadie le preocupaba.

—Los suecos tenemos una larga tradición de posicionarnos de parte del dragón —dijo, y le dio un sorbo al jerez.

Suecia tenía bastante con «el peligro rojo», los comunistas y Stalin; la forma en la que pronunciaba la palabra *revolución* era incomparable. Conseguía que sonara como una enfermedad gastrointestinal. Echaron tierra sobre las simpatías para con los nazis. El mismísimo Hermann Göring estaba casado con una pariente lejana del coronel. Y ella, ¿era nazi? En absoluto. Le resultaban muy vulgares —esa es la palabra que usó—, aunque sus intenciones eran buenas. ¡Fuera la chusma! Judíos, comunistas, gitanos y mariquitas. De nuevo, esta última fue la palabra que ella usó.

A él no le afectó particularmente, pese a que él mismo era chusma, comunista y medio mariquita. Se estaba estupendamente en el cálido salón, viendo las brasas de la chimenea,

viendo la nieve caer, oyendo la voz algo ronca de La coronela y pensando en su barrio de Atenas.

El agua caliente de la bañera lo hizo entrar en calor.

Las campanas de una iglesia dieron la medianoche. Se levantó, lo recogió todo al tiempo que La coronela lo llamaba desde la cocina. Se puso ropa limpia, fue y se encontró que la cena estaba servida. Dos huevos a la plancha con beicon y café molido muy cargado de la marca Arvid Nordquist Classic, lo que le señaló con insistencia. Estaba muy bueno. Ella lo observaba mientras él comía. Su madre hacía lo mismo.

Después se acostó y durmió quince horas seguidas. Cuando se despertó, La coronela le había conseguido un trabajo en el restaurante propiedad de unos conocidos suyos.

Nunca había hablado de esto con nadie, ocultó la vergüenza en su corazón, igual que el agradecimiento a su casera y el miedo a que la gente creyera que era su calentacamas. No era así. La coronela jamás le pidió otra cosa que la acompañara de cuando en cuando en el amplio salón para hablar de El coronel, los bailes y las celebraciones del Grand Hotél, las vacaciones en Båstad y las cenas en el Stadshotellet y todos los jóvenes cadetes. ¿Nunca le fue infiel?, le preguntó él una vez. Aquello era una impertinencia y así se lo hizo saber ella. Pero, aun así, respondió: «¡Oh, no! Eso son cosas de mozos y criadas».

Christo vivió en casa de Carolina von H. casi un año, hasta que le concedieron la habitación en la residencia de estudiantes de Strix. No podía haber tenido mejor profesora para aprender sueco. Ella le señalaba cada fallo que cometía, le explicaba las diferencias entre conjunción y preposición, entre el posesivo y el reflexivo, y el valor de las palabras.

«Las palabras son como monedas. Las hay grandes y pequeñas: *hablar* es una moneda de cinco öre, *charlar* una de un öre, *casar* no vale nada y *conversar* cuesta una corona. ¿Lo entiendes?», le preguntaba de vez en cuando. Había una diferencia entre arder y quemar; entre despertar y despertarse. Para él tenía una especial importancia, porque esas distincio-

nes que no existen en griego. Ella siempre estaba ojo avizor con él.

«Los matices, muchacho. Sin ellos todo está perdido. El amor y el humor, el cariño y la ironía, la verdad y la hipocresía. Nuestras conversaciones se vuelven necias, anodinas, sin emoción. La lengua no lo es todo, pero todo es lengua.»

Escucharla lo llenaba de paz. El mundo sueco se le abría de par en par y él le estaba profundamente agradecido. A veces, sus explicaciones eran pura poesía.

«La bruma viene del mar. La neblina viene del cielo.»

El mérito de que se matriculara en la universidad fue suyo.

«Tienes buena cabeza. No voy a permitir que la echés a perder con la rutina y la indiferencia.»

Nadie le había hablado de esa forma. De un modo un tanto impreciso, estaba enamorado de ella, sobre todo después de acompañarla a los establos detrás del Estadio Olímpico.

Tenía caballos. Siempre los había tenido. Su abuelo paterno solía coincidir con Hjalmar Söderberg cuando montaba por las mañanas en Karlavägen. Se le llenaban los ojos de lágrimas al recordar los paseos matutinos con El coronel.

«Formábamos un conjunto hermosísimo, los caballos y nosotros. La gente siempre se volvía al vernos pasar», decía. Cuando El coronel falleció, ella heredó su caballo de servicio, que se llamaba *Axel*. Y *Axel* era el caballo más bonito del mundo, con unos ojos amables y largas pestañas blancas y, además, le encantaban los besitos. Verla con *Axel* era casi una experiencia religiosa. Se transformaba en una joven de dieciocho años. La voz se le tornaba mimosa y decidida, montaba aquel animal extraordinario con audacia y con soltura; se le dibujaba en los labios una sonrisa que, de otro modo, nunca se veía.

«Dios mío, Coronela, creo que me estoy enamorando de usted», decía, y ella se alejaba cabalgando con una carcajada.

Cuando comenzó en la universidad, ella lloró de alegría. Le preguntó si podía ir a visitarla de vez en cuando y ella le dijo que sí, pero él nunca lo hizo. En ocasiones la echaba de menos,

y una mañana leyó en el periódico que había muerto mientras daba un paseo a caballo. El corazón se le rindió en la silla de montar. *Axel* comprendió lo que había ocurrido y volvió al establo despacio y con cuidado. El familiar que escribió la necrológica la llamó «la última rosa de la burguesía sueca».

Christos fue al entierro, se mantuvo a cierta distancia y lamentó no haber tenido el valor de sostener en sus brazos a la última rosa.

Cuando todos se marcharon a casa, él se quedó y depositó en la tumba una gran rosa de un rojo resplandeciente.

Nunca le había hablado a nadie de aquello y, de pronto, sin motivo aparente, sintió el impulso de contárselo todo a la mujer que fotografiaba a su hija al otro lado de la ventana.

La soledad nos vuelve supersticiosos y lo accidental se convierte en nuestro destino. La mujer de la cámara entró en su vida llevada por un sentido que ninguno de los dos podía comprender aún.

La lavandería de la residencia de estudiantes no era el lugar más romántico del mundo, pero allí fue donde volvió a encontrarse con la mujer de la cámara.

El reloj marcaba las siete de la mañana. Llovía, el cielo se extendía como una gasa, oscuro y compacto. A la intensa luz de los fluorescentes aquellas lavadoras gigantescas parecían el cíclope Polifemo de la *Odisea*. Estaban solos. Más que solos. Estaban desolados, aún sin haberse despertado del todo, sumidos en sí mismos. Sin embargo, el corazón le latía más rápido por el simple hecho de tenerla cerca.

Se limitaron a intercambiar un «hola» y continuaron llenando las máquinas de prendas sucias. Él no tenía muchas. Unas camisas, algo de ropa interior y calcetines. La carga de ella, en cambio, era considerable. Ropa del marido, de la hija y la suya propia. Se quedó contemplando los montones pensativa, como si se preguntara por el sentido de la vida.

No quería molestarla. Al mismo tiempo, el silencio era incómodo, desagradable y lo obligaba a mirarla. Los movimientos que hacía al ordenar la colada en varias pilas eran lentos, metódicos y, a la vez, ingrátidos. No era la primera vez que hacía aquello. Aquí los calzoncillos del marido, allí sus bragas. La hija también tenía su montón, el más grande. El silencio fue creciendo, se volvió más palpable bajo la intensa luz de los fluorescentes. Christo trató desesperadamente de pensar en algo que decir. Al final se le ocurrió.

—¿Has decidido a quién vas a votar? —le preguntó deseando no haber abierto nunca la boca. Ella lo miró con los ojos como platos y se echó a reír.

—¡La peor manera de ligar que he oído en mi vida!

Habían roto el hielo. Como la mayoría de las mujeres jóvenes, tenía una amplia experiencia a la hora de ligar. Desde la pista de baile de Lycksele, donde se había criado, a las fiestas de la Facultad de Arte.

Se presentaron con un «hola» seguido de los nombres de pila, pero sin el apretón de manos.

Rania y Christo.

Ella tenía curiosidad por su país de origen, y resultó que le encantaba Grecia, aunque no había estado nunca, y le acabó preguntando que cómo lo hacía para aguantar sin el sol griego.

No era la primera vez que se lo preguntaban, y respondió simplemente:

—¿Quién ha dicho que aguante?

Ella sonrió y le indicó con un gesto que lo entendía. La verdad es que estaba harto de que le hicieran siempre la misma pregunta.

—Echo de menos Grecia todos los días —dijo.

Había dejado allí a la gente que quería, su lengua, que veneraba, su ciudad, que sin duda lo engañaba con todos aquellos turistas, pero a la que seguía adorando: las plazas y las callejuelas, los sencillos restaurantes con su aroma a albahaca y orégano. En pocas palabras, había dejado todo lo que cons-

tituía su vida, y la gente le preguntaba que si echaba de menos el sol.

En contra de su voluntad, parecía casi enfadado y beligerante.

No hemos empezado muy bien, pensó y, en el mismo segundo, Rania le dijo que tenía que marcharse.

–Gracias por el ratito de charla –dijo, abrió la puerta y salió. Tenía un rastro de ternura en la voz.

–Gracias a ti.

Una vez más quiso decirle muchas cosas, pero se calló. Pensó en Carolina von H. El ratito de charla, según su teoría, era una moneda minúscula, quizá una de cinco öre. Pero no si venía de Rania.

Se alejó por el largo corredor subterráneo con pasos ligeros y silenciosos, como si caminara sin pisar el suelo.

Tuvo la sensación de que la iba a perder para siempre. Era insoportable.

–Tenemos que volver a vernos –gritó.

Pero ella no respondió, no se detuvo. No era seguro que lo hubiera oído.

Los siguientes días, Rania estuvo desaparecida. Christo la buscó por los pasillos, en la lavandería, en la sala de la televisión, en el supermercado. No estaba. La única conclusión lógica era que a ella no le importaba, que se había olvidado de él o que ni tan siquiera recordaba que se hubieran visto, pero por alguna razón que no se explicaba, no se rindió. Entonces se la encontró inesperadamente en el estrecho sendero que conducía al bosque cerca de la residencia, no sola, sino con el marido y la hija.

El marido era rubio, alto, con una mirada azul, limpia. Los padres llevaban a la niña de la mano a cada lado y la levantaban a la vez con un balanceo que la hacía reír con un entusiasmo desmedido; no era tan gracioso, pero a los mayores se les



contagiaba la risa. Parecían felices, contentos y satisfechos hasta tal punto que Christo sintió remordimientos. ¿Por qué incoordinarlos? ¿Por qué irrumpir en su vida?

Rania lo saludó con un gesto discreto, que él correspondió con la misma discreción mientras el marido sonreía amablemente y le preguntaba:

–Eres el griego de la segunda planta, ¿verdad? Yo soy Matias.

Había otro griego, el amigo de Christo, Thanasis, que estudiaba en Empresariales.

–Vive enfrente y nos vemos a menudo. Habla muy bien de ti –prosiguió Matias.

–Me alegro. A mí él también me cae genial.

Rania miraba a los dos hombres con una sonrisa indulgente, como si estuvieran haciendo teatro por ella.

–Thanasis me ha contado que juegas al ajedrez.

–A veces.

Christo respondía brevemente, rozando lo desagradable por miedo a que lo descubriera. Por el mismo motivo no se atrevía a mirarla. ¿Le habría contado a su marido algo sobre el encuentro en la lavandería?

–Pásate alguna tarde, si puedes. Yo también juego y no tengo con quién –le propuso Matias.

–Sería estupendo –dijo Christo, y extendió la mano, que Matias recibió con calidez y apretó vigorosamente, se podría decir que casi con sadismo, sin dejar de sonreír.

Christo también se despidió de Rania, pero no le estrechó la mano.

Tenía miedo de tocarla.

Se separaron. La pareja continuó hacia su casa, y él se adentró en el bosque. Ella no había dicho nada acerca del encuentro en la lavandería. Era una buena señal. Lo podría haber mencionado, habría sido del todo natural, vivían en la misma resi-

dencia. Se alegró de ese silencio cómplice. A sus ojos, había dejado al marido fuera.

A medida que avanzaba en el interior del bosque, crecía el silencio. Lo disfrutaba al tiempo que le resultaba amedrentador, como si los pinos y los abetos le susurraran. Estás solo. Muy solo. Completamente solo.

En una ocasión, cuando era joven de verdad, había leído *Pan*, de Knut Hamsun, en el que el protagonista no es feliz hasta que se encuentra en lo más profundo de un bosque, donde ningún ser humano puede dar con él. Christo no quería vivir en el bosque, sino que hubiera gente a su alrededor y, en particular, una persona, Rania, que andaba con pasos ligeros, que ya estaba casada con otro hombre y que tenía una hija con él.

¿Qué iba a hacer? ¿Qué debería hacer?

Sin ser consciente, comenzó a andar más y más rápido, como para distanciarse de Rania y de sí mismo. La cabeza no le obedecía, y seguía dándole vueltas y vueltas a lo poco que había sucedido entre los dos, apenas era nada, solo un poco de amabilidad, no había razón para precipitarse, hacer castillos de arena. De repente, no sabía dónde estaba. ¿Dónde había terminado? ¿En qué dirección debía seguir? No tenía ni idea. Su vida y su realidad se habían fusionado.

Me he perdido, murmuró, y resolvió continuar todo recto; no pasó mucho tiempo hasta que, para su sorpresa, la residencia apareciera a unos cien metros de distancia.

Había ido en círculos. Se sintió tentado de interpretarlo simbólicamente, pero decidió achacárselo a su mal sentido de la orientación. Era capaz de perderse en su dormitorio, incluso en su cuerpo. Quería rascarse la oreja y acababa rascándose el culo. De vuelta en su cuarto, vio a Rania y a su hija por la ventana. La niña estaba jugando. Rania le hacía fotos. La vida seguía su curso. Respiró aliviado.